



azulejos

PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ

# Yo una vez fui granadero

Ilustraciones de  
Emiliano Villalba



# Yo una vez fui granadero

Patricia Gutiérrez Méndez

ILUSTRACIONES  
DE EMILIANO VILLALBA



**Coordinadora de Literatura:** Karina Echevarría  
**Autora de secciones especiales:** Valeria Judith Stefani  
**Corrector:** Mariano Sanz  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto  
**Ilustración de tapa:** Emiliano Villalba  
**Diagramación:** Karina Domínguez



Gutiérrez Méndez, Patricia  
Yo una vez fui granadero / Patricia Gutiérrez Méndez ; ilustrado por  
Emiliano Villalba. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2017.  
112 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. roja ; 68)

ISBN 978-950-01-2019-7

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Villalba, Emiliano, ilus. II. Título.  
CDD 863.9282

 **Colección Azulejos - Serie Roja** **68**

© Editorial Estrada S. A., 2017.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2019-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

BIO-  
GRAFÍA



PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ nació el 6 de julio de 1973, en la ciudad de Buenos Aires. Es la mayor de cuatro hermanas. Es Licenciada en Relaciones Internacionales, de la Universidad del Salvador. Trabajó en la Cancillería y en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Está casada y tiene tres hijos. En el 2009 comenzó a escribir para ellos y publicó algunas de sus historias en la serie “Entre todos hacemos la Patria” de Cántaro que explica hechos de la Historia Argentina para los más pequeños: *Mayo de 1810*, *Don José*, *Don Manuel* y *9 de julio de 1816*. En 2015, publicó en la colección Azulejos (serie Roja) de Estrada la novela juvenil *El estoque de mango de plata*, y en 2017, en la misma colección, *El hombre que custodió el Norte*.

Además lleva adelante desde el año 2009, un blog sobre historia ([www.yoamolahistoria.blogspot.com.ar](http://www.yoamolahistoria.blogspot.com.ar)), y desde el 2013 otro con reseñas y recomendaciones de libros para niños ([www.leyendoconloschicos.blogspot.com.ar](http://www.leyendoconloschicos.blogspot.com.ar)).



## La obra

### UNA AVENTURA DE NOVELA

A principios de 1817 un grupo de alrededor de cinco mil hombres, al mando del general San Martín, iniciaba una de las proezas más grandes de la historia argentina: el cruce de la Cordillera de los Andes.

Las dificultades eran muchas: el territorio escarpado y el transporte de cañones, animales y toneladas de provisiones; el clima extremo que obligaba incluso a abrigar a los animales; una alimentación reducida a charqui, cebolla, ajo y galletas de maíz; y la salud del general que ya por entonces sufría úlceras que le provocaban grandes dolores. Parecía imposible.

Muchos autores de literatura se han inspirado en esta inmensa aventura que costó la vida a varios, pero significó la libertad de todo un continente. A través de la narrativa histórica o de ambientación histórica se han recreado los principales episodios de esta gesta heroica. En esta oportunidad, la autora nos ofrece una ficción que se enmarca en los días previos e inmediatamente posteriores al cruce y nos cuenta la historia de una mujer, casi una niña, que intenta ser parte de una aventura inspiradora. Los datos históricos (fechas, lugares, principales nombres) son reales y están documentados. La ficción la encarnan los tres protagonistas de esta aventura, de esta novela, de esta aventura de novela.

# Yo una vez fui granadero

Patricia Gutiérrez Méndez

*Jamás me harán vacilar ni temer.*

Manuela Sáenz

(1795 - 1856)

# 1 | Nochebuena de 1816

*A las mujeres de mi vida.*

*Verónica, Mariela, Natalia.*

*Marce, Juli, Romi, Laura, Émele,  
Flor, Pao, Mariana, Ceci, Noe, Annie.*

*A Cintia Castelli.*

Todo empezó una calurosa mañana de diciembre. Falta-  
ban solo unas horas para Navidad.

La ciudad de Mendoza estaba alborotada por la presen-  
cia del ejército, a pesar de que hacía un par de años que se  
preparaban para la gran aventura. Ese alboroto alcanzaba a  
todas las edades, no era una cuestión solamente de adultos.

Hasta la formación del Ejército de los Andes y la llegada  
de tantos hombres importantes, a los chicos de nuestro pue-  
blo solo nos importaban las cosas de chicos: aprender la ins-  
trucción básica, los quehaceres femeninos para las chicas,  
las tareas de campo para los chicos y jugar. Nos encantaba  
jugar. Trepábamos a los árboles, con ramas en las manos si-  
mulando espadas, y jugábamos a combatir españoles.

Pero mi juego preferido en verano era meterme al río.  
Soñaba con viajar por el mar y conocer el mundo, y el río  
era lo más cercano que tenía. Estanislao, Braulio y yo íba-  
mos a escondidas a la orilla del río y con ramas y cañas ar-  
mábamos una canoa. Nunca logramos que funcionara como  
canoa porque en cuanto nos subíamos se hundía o se des-  
armaba. Mi mamá me tenía prohibido ir al río porque le  
parecía peligroso, pero a mí nada me detenía en cuanto a  
búsqueda de aventuras.

También me encantaba andar a caballo y lo hacía siempre que podía. O pasear por la montaña. Adoraba la montaña. Podía pasarme horas mirándola levantarse majestuosa hasta tocar el cielo. Sus picos nevados eternamente, sus laderas empinadas, amenazantes al ser humano que intentara desafiarlas. Esa pared inmensa, inabarcable, que nos separaba de Chile pero que, a la vez, impedía el paso de los españoles a nuestras tierras.

Las cosas en casa también estaban alborotadas. La tranquilidad de antaño que se respiraba en los grandes salones y en los patios de la vieja casa se había perdido. Ahora Albertina, mi mamá, además de ocuparse de mi educación y la de otras chicas, estaba abocada a ayudar al Ejército de los Andes en lo que se necesitara para cruzar la cordillera.

De la educación de las mujeres se ocupaban las madres e institutrices. Nos reuníamos en nuestra casa, a veces en otras casas como la de los Balcarce, los Gurruchaga o los Ferrari. La instrucción era básica y formal: leer y escribir. Además aprendíamos todo lo que una futura esposa debía saber: coser, bordar, tejer y hasta ocuparse de la administración de una casa. Para mí era lo más aburrido del planeta. Por supuesto que siempre con una sonrisa aceptaba el mandato que me tocaba. Pero yo quería estudiar. Quería ser como los hombres, que sí iban a la escuela; poder elegir una actividad más allá de ser “esposa”. ¿Por qué no podía ser médico? ¿O abogado? ¿Qué no podíamos entender las mujeres?

Envidiaba a Estanislao, mi amigo desde que éramos muy chicos. Estanislao iba a un colegio y aprendía lo que yo quería aprender: matemática, historia, filosofía y hasta teología —que no era mi favorita pero la hubiera preferido antes que bordar.

En una oportunidad, el abuelo de Estanislao le regaló dos libros. Lao vino corriendo a mostrármelos. Estaba muy contento.

—¿Qué te parece, Victoria, si te quedás con uno, yo con otro, y cuando terminemos los intercambiamos? —propuso Estanislao.

—¡Me encanta la idea, Lao! —le dije feliz. Me gustaba que alguien reconociera que aunque fuera mujer podía leer lo mismo que los hombres.

—¿Cuál querés? ¿*Los viajes de Gulliver* o *Robinson Crusoe*? —me preguntó.

—¡*Los viajes de Gulliver*! —le dije encantada por el título del libro.

—¡Hecho! Cuando terminemos, los cambiamos. Aunque son largos, así que vamos a tener para entretenernos.

Cinco días después aparecí en la casa de los Bermúdez con el libro en la mano.

—Hola, Victoria. ¿Qué pasó? Fue demasiado para vos, ¿verdad? Tal vez debí haberte dado un libro un poco más sencillo —dijo Estanislao con tono pensativo.

—No, Lao. Vengo a devolverlo y a que me prestes el otro. Ya lo terminé.

Estanislao se quedó parado en la puerta sin moverse.

—Cerrá la boca, Lao. Te va a entrar una mariposa —le dije riéndome. Ese día Estanislao comprendió cuánto quería estudiar yo. Cuánto quería tener la misma posibilidad que tenían los hombres. Desde aquella vez, sin que se lo pidiera, Lao me prestaba libros que yo devoraba a escondidas en mi habitación.

La mañana previa a la Nochebuena, Estanislao y yo fuimos al río. A Braulio no lo encontramos y decidimos ir solos. Pasamos varias horas en el agua nadando. Después nos tiramos bajo un sauce y Estanislao me contaba lo que había aprendido en el colegio. En realidad, yo lo torturaba para que me contara. También hablamos sobre los preparativos del Ejército para cruzar los Andes. El tema del cruce era casi obligatorio en nuestras conversaciones. Nos parecía la aventura final, lo más extremo que se nos podría ocurrir. Era fascinante.

Los padres de Estanislao también estaban comprometidos con la causa de la libertad y la empresa del cruce de los Andes. Alfonso Bermúdez, su papá, era un militar de carrera, con el grado de capitán. Su mamá colaboraba bordando. Estaba sumida en la tristeza desde que su hijo mayor, Ladislao, había muerto en la batalla de Salta, hacía ya tres años. Simona Bermúdez odiaba la guerra y ya no le importaba si éramos libres o dependíamos de España para siempre. Con la muerte de su hijo se habían ido sus ganas de vivir.

Por este motivo, la mamá de Estanislao había hecho todo lo posible para que el único hijo que le quedaba no fuera parte del Ejército.

—¡Dale, Victoria! ¡Tenemos que volver! Sabés que si tu mamá nos descubre, nos mata. A vos por desobedecerla, a mí por habértelo permitido.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! Ah... ¡mirá! Ahí viene Braulio. Tal vez...

—No. Tal vez nada. Tenemos que irnos.

Braulio era un esclavo perteneciente a nuestra familia, tenía quince años, la misma edad que Estanislao y un año más que yo. Cuando podía, también se escapaba con nosotros al río. Pero esta vez no era una visita de recreación. Braulio llegó con noticias.

—¡Hola, Braulio! —le dije y corrí a abrazarlo.

—¡Hola, Victoria! ¡Hola, Lao! —nos saludó.

—¿Qué hacés por acá, Braulio? —le pregunté esperando que la respuesta fuera una invitación a seguir nadando y disfrutando del día.

—Vengo a buscarte, Victoria. Hoy es la cena de Nochebuena en casa de la familia Ferrari y tu mamá está buscándote por todos lados. Aparentemente va gente muy importante y vos tenés que prepararte. Y vos, Lao, también, tus padres te buscan —nos dijo Braulio un poco serio y apurado.

—¡Pero claro! ¡Me había olvidado! —gritó Estanislao—, y por lo que dijo mi padre...

—Por lo que escuchaste detrás de una puerta, querrás decir —lo interrumpí mirando a Braulio y riendo los tres.

—Sí, es verdad. Por lo que escuché detrás de una puerta —repitió con ironía Estanislao—, a la cena de Nochebuena asistiría el mismísimo San Martín y su esposa, la señora



Remedios —dijo—. Así que mejor volvamos cuanto antes. Gracias, Braulio, por avisarnos.

Y así volvimos los tres a nuestras casas.

Mi madre me esperaba en la puerta de la vieja casona. A lo lejos yo podía divisar su vena. Cuando se enojaba, a mi mamá se le hinchaba una vena en la frente. Aunque me estuviera mirando con una sonrisa, si la vena de su frente estaba hinchada, yo sabía que estaba en problemas.

—Gracias, Braulio —dijo mi madre con media sonrisa y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza—. Victoria, por favor entre. La espero en la sala.

Por supuesto que se venía un sermón.

—Victoria... Entiendo que tiene catorce años y quiere divertirse con sus amigos. Pero tiene que entender que todos estamos trabajando por la libertad. Su padre pertenece al Gobierno y no queda bien que una señorita de su edad y su condición esté desaparecida por ahí jugando con un muchachito de quince años...

—¡Pero, mamá! ¿Qué quiere decir? Estanislao y yo nos conocemos desde chicos, ustedes son muy amigos de los Bermúdez. ¿Qué insinúa?

—Nada. No insinúo nada. Solo que tiene que comportarse como una señorita. Como una dama. Que sea la última vez que tengo que mandar a buscarla. Ahora retírese a su habitación y prepárese para esta noche.

—Sí, mamá —le contesté con la cabeza gacha y corrí a mi habitación.

Llegamos a la casa de los Ferrari y en la puerta nos esperaba Laureana, la hija de don Joaquín y doña María del Rosario, los anfitriones. Laureana tenía mi edad. No éramos amigas, pero nos llevábamos bien. En realidad ella se llevaba bien con todos. A mí, a decir verdad, me molestaba un poquito que siempre estuviera de buen humor, impecable en su aspecto, bien peinada, ni un cabello fuera de lugar, educada y sonriente todo el tiempo. Como si quisiera congradarse con todos. Pero la verdad es que mi relación con ella era cordial.

Primero pasamos a la sala donde los criados servían copas previas a la comida. De repente vi cómo Estanislao perseguía a la criada de los Ferrari para cazar otra copa. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando se rio. Se acercó y me dijo:

—Parémonos detrás del cortinado mayor y probás un trago.

Salí casi corriendo a probar de esa copa. Nunca supe qué tomé. Pero me quemó la garganta. Ahugué el grito de desagrado para que los adultos no se dieran cuenta mientras Estanislao se reía a carcajadas con mis caras de asco. Desde ese día juré no volver a tomar alcohol en toda mi vida.

Cuando estábamos por pasar a la mesa llegó el general San Martín con su esposa, Remedios de Escalada, y la pequeña Mercedes que ese día cumplía cuatro meses de vida. Todos se quedaron quietos. En la sala se hizo un silencio respetuoso. Cuando San Martín entraba a una habitación la gente

quedaba paralizada. Su personalidad se imponía y era como si abarcara toda la habitación. Pero él era un hombre humilde y nunca lo vi hacer alarde de su condición ni de su liderazgo.

Fue la primera vez que vi al general San Martín. Siempre me había imaginado que una personalidad tan importante me dejaría sin palabras. Y sin embargo su persona me generó paz, tranquilidad. Sus ojos irradiaban autoridad, pero a la vez tenía algo de paternal, de seguridad; esa sensación que generan los padres cuando con una mirada nos hacen saber que ellos están ahí para cuidarnos.

La cena fue tranquila, más bien alegre, se notaba en todos un brillo especial en las miradas, como de esperanza, como si se le pidiera a la Nochebuena un único deseo: que el cruce de los Andes fuera exitoso.

En un momento, San Martín expresó su deseo de contar con algún estandarte, alguna bandera que identificara al Ejército de los Andes. Inmediatamente las mujeres de la mesa se ofrecieron a confeccionarla. Se podrán imaginar que la señorita Laureana fue la primera en saltar de su silla y ofrecerse. También fue la primera en decir que la bandera estaría lista para la víspera del día de los Santos Reyes. Yo no podía creerlo. ¿En tan poco tiempo? Es cierto que si bien nadie sabía exactamente cuándo iba a ser el cruce ni por dónde, todos sabíamos que era inminente.

Después de la cena, San Martín pidió un brindis por las damas mendocinas que iban a coser la bandera. Mi madre se acercó a mí y me dijo:

—No la vi muy entusiasmada con la idea de la bandera y, como comprenderá, se necesitan muchas manos. Por favor, vaya a hablar con Laureana y ofrézcase para ayudar.

—Pero, mamá —le dije—, sabe usted que no me gusta coser, ni bordar. Lo hago porque es mi obligación, pero no me gusta.

—Lo sé. Y esto también es una obligación. Usted participa, mocita —dijo terminante mi mamá.

Inmediatamente y con una sonrisa me acerqué a Laureana y le ofrecí mi ayuda.

—¡Ay, Victoria! —me dijo exageradamente Laureanita mientras me abrazaba—. ¡Gracias! ¡Gracias por ser parte de esta aventura de crear la bandera que lleven nuestros héroes a través de los Andes! —siguió casi a los gritos. La exageración era uno de sus rasgos más notorios.

—Bueno, Laureana... De nada... Es un placer —le dije mientras trataba de soltarme de sus brazos—. Tampoco estamos creando una bandera. Solo la estamos cosiendo —le respondí.

—¡Bueno, querida Victoria! ¡Somos parte de la aventura! —insistió Laureana.

—Parte de la aventura sería cruzar los Andes junto al ejército —le dije con un sarcasmo que no le gustó nada a mi mamá.

—¡Ay Victoria! ¡Las cosas que decís! —intervino mi madre, y todas las damas rieron. Menos yo.

Me di vuelta y vi, a lo lejos, al general San Martín que levantaba su copa y hacía un ademán de brindis hacia donde

estábamos nosotras. Eso me devolvió el humor. No me gustaba coser pero la mirada del general me hizo dar cuenta de que yo estaría en lo correcto colaborando con la bandera.

## 2 | La bandera de los Andes

El mismísimo 26 de diciembre las mujeres que nos habíamos reunido en la casa de los Ferrari comenzamos a recorrer la ciudad en busca de telas para la confección de la bandera. Poco y nada conseguíamos. Yo acompañaba a Laureana y a Remedios de Escalada.

Esa tarde calurosa, mientras caminaba con las mujeres por las calles mendocinas, vi pasar corriendo a Estanislao y a Braulio rumbo al taller de fray Luis Beltrán.

Braulio, cedido por mi familia al Ejército, había sido designado como uno de los trescientos ayudantes del fraile que era el encargado de la Maestranza y Laboratorio de Mixtos. En el laboratorio se ocupaban de las armas. Fundían metal para hacer balas y cañones. También fabricaban granadas ¡y hasta pólvora!

Era normal verlo a Braulio correr de un lado a otro buscando material para la fundición como lo eran las campanas de los monasterios e iglesias. Pero me llamó la atención que con Braulio estuviera Estanislao.

Aproveché un momento en que Remedios y Laureana entraron a una tienda en la calle del Cariño Botao y disimuladamente salí corriendo para interceptar el paso de mis amigos.

PRÁCTICAS DEL LENGUAJE

**7. La lengua y las formas de dirigirse a las personas pueden sufrir modificaciones debido al correr del tiempo, a la diferencia de regiones o a un cambio en los participantes. Lean las siguientes citas, recuerden en qué circunstancia se producen estos eventos comunicativos y luego respondan las preguntas.**

–Victoria, hija (...) necesito que en el día de hoy me ayude.  
–Sí, mamá. Dígame.

–¡Estanislao querido! ¿Pasa usted sin saludarnos?  
–No, no, doña Albertina, le ruego me disculpe.

–¡Soldados! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!

- a. ¿Qué forma de la 2.<sup>a</sup> persona gramatical se utiliza en cada caso (tú, vos, usted, vosotros, ustedes)?
- b. ¿Consideran que en la actualidad las personas se dirigirían a sus interlocutores de la misma manera en una situación similar? ¿Por qué?

CIENCIAS NATURALES

**8. Profundicen la información sobre el soroche (también llamado “mal de la montaña” o apunamiento).**

- a. ¿Por qué la altura causa este efecto en algunos viajeros?
- b. ¿Qué síntomas produce?
- c. ¿Por qué es una preocupación para los deportistas?
- d. ¿Qué medidas se pueden tomar para disminuir su impacto?

**9. El cóndor siempre ha sido un símbolo de libertad. Eso piensa Victoria cuando descubre a tres de ellos volando sobre los Andes. Investiguen: ¿por qué estos pájaros eligen este hábitat inhóspito, en altura y ventoso, para vivir? ¿Cuál es la situación del cóndor andino en la actualidad?**

<b>La autora y la obra</b>	<b>3</b>
Biografía	5
Una aventura de novela	6
<b>La obra</b>	<b>7</b>
1  Nochebuena de 1816	9
2  La bandera de los Andes	19
3  El plan	29
4  Los preparativos	39
5  La medalla de oro	49
6  El plan en peligro	55
7  El llamado de San Martín	61
8  El Plumerillo	67
9  Comienza el cruce	73
10  El desafío de la montaña	81
11  Chacabuco	91
12  El reconocimiento	97
Epílogo	101
<b>Actividades</b>	<b>103</b>
Actividades para comprender la lectura	104
Actividades de producción de escritura	106
Actividades de integración con otras disciplinas	108